

cuyos arneses y soberbios blasones, fácil era conocer que pertenecían á los primeros personajes de la corte de los virreyes de Nueva-España. Multitud de damas y caballeros elegantemente ataviados bajaban de ellos, y entre tanta gente que á la casa se dirigía, dos jóvenes, aunque de distintas edades, llamaban especialmente la atención por su gentileza, y por lo ajustado de sus vestidos á la moda del tiempo. Estos iban distraídos al parecer con su conversación, y el mayor, que tendría unos treinta años, decía al menor que contaría veintidos:

—El baile será de los mejores que en México se den este año. La señora de tus pensamientos, Julian, desplegará en él todo el encanto de sus gracias; y tú, pobre joven, de corazón enamorado y ardiente, la seguirás embriagado, verás tal vez comenzar esta noche tu felicidad, y mas de cuatro mozalvetes azezados á las luchas de amor envidiarán tu posición.

—Demasiado lisongero aparece á tus ojos el éxito de mis amores, Alfonso, contestó Julian. Por lo que mira al baile, no dudo que este excederá en mucho á cuantos se han dado este año, porque el conde es rico y viejo, y ama ciegamente á la condesa, cuyo cumpleaños hoy celebran, y la que tú sabes que posee un gusto delicado y no poco amor propio, para ser ménos que las otras en sus convites; mas por lo que toca á mis amores, mucho dudo el verla rendida esta misma noche á mi voluntad.

—Esas son dudas inútiles, cuando otras veces la has dicho ya que la amas, y ella al parecer no ha llevado á mal tu declaración, pues por el contrario, con mucho agrado ha recibido tus galanterías.

—Es cierto eso; pero también lo es que con pretextos y evasivas muy finas, si tú quieres, no me ha contestado esas veces, como yo hubiera querido; y mucho temo que esta noche me suceda otro tanto.

—Nada temas si sabes acertar este golpe nocturno que de tí únicamente depende: la condesa te ama.

—Me ama; pero no sé qué empeño tiene en disimularme su amor.

—Su empeño es el de todas las mugeres, que jamás ceden á la primera insinuación, ya por conveniencia, ya por orgullo: cinco, seis, siete veces necesita el hombre rendirseles para ablandar su carácter.

—Veinte me le rendiré yo á ella, si á la última he de oír de su labio que me ama.

En esta conversación penetraron en la casa, y se perdieron entre los demás caballeros que subían la escalera.

Era ese día, en efecto, el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, de María, la esposa querida del conde de Peña-Aranda, viejo rico, que cifraba su mayor placer en ver que su inmenso caudal le servía para satisfacer aun los menores deseos de su esposa bella y graciosa, á la que no exigía en cambio sino una caricia para reanimar con su fuego sus miembros entumecidos por la edad. Era este un día en que año por año se daban festines y saraos, en los que la abundancia y el lujo eran excesivos, á los que concurría toda la nobleza, con un fausto que apenas se veía en la metrópoli, y que llenaban de júbilo al viejo conde que desde los aposentos interiores se estasiaba con la algazara de la fiesta, porque él hacía consistir su felicidad en el gozo de su María. Soberbia se esperaba la de esa noche, brillante como no lo había estado ninguna de las anteriores, porque las tendencias de la condesa eran á dejar muy atrás á sus competidoras en fausto y en ostentación.

En un salón ancho y estenso cuidadosamente cubierto por las ricas telas que en esa época nos venían de la China, telas que han dejado de verse ya entre nosotros, y alumbrado magníficamente por la muelle luz de la esperma, las mas celebradas bellezas de México ostentaban sus encantos, perfumándolo con las emanaciones suaves de los aromas con que habían ungido sus cabellos, y encantándolo con sus rostros peregrinos. Multitud de jóvenes, elegantes exagerados de su tiempo las rodeaban con ahínco, unos galanteándolas por costumbre, y otros hablándoles el idioma de una verdadera pasión, haciendo reír á muchas y ruborizando á no pocas. Mas la que entre todas ellas se llevaba las miradas de cuantos pisaban el umbral de la sala, la que á todas las ofuscaba, como la luz de la luna ofusca el brillo débil de los otros astros, era la *reina de la fiesta*, María, la hermosa condesa que á todas las aventajaba. Si no en belleza, en gracia. Sentada en una de las estremidades de la sala, con toda la hermosura de su rostro y la viveza de sus ojos negros, con su blanco ropaje de finísima seda, con su velo trasparente, que ocultaba apenas las formas hechiceras de su seno, con su negro cabello esparcido por la espalda y entretegiendo con jazmines y violetas, con su guirnalda y con sus joyas ricas y preciosas, parecía una de aquellas visiones celestiales que agitan los ensueños de los amantes afortunados, ó mas bien una de aquellas imágenes divinas que los pintores ó los poetas crean en uno de sus momentos felices de inspiración.

Alfonso y Julian entraron á la sala, y éste, al verla, al contemplar casi frente á frente á la que tantas veces había hecho palpitar su corazón de amor, fijó en ella una mirada ardiente, una de aquellas miradas en que las mugeres, acostumbradas á leer en los ojos los sentimientos del alma, descubren los mas íntimos secretos del corazón.

—Alfonso! exclamó Julian en voz baja, apretándole fuertemente la mano á su compañero. Alfonso! ¡Cuán bella está! ¡Jamás había soñado yo un ángel!

—Calma, serenidad, amigo, contestó friamente Alfonso, mira, esa sonrisa que vaga por sus labios al verte, esa palpitation de su seno que levanta el velo que lo cubre, son indicios de que á mas de que no le eres indiferente, esta misma noche cesará su empeño de ocultarte que te ama, si tú das un golpe certero, si sabes aprovecharte de las circunstancias.

Una sonrisa de la condesa le indicó á Julian en efecto que lo recibiría con agrado cerca de sí. Este, que no deseaba otra cosa, se dirigió á ella, sin atender á mas, sin pensar en mas que en su amor, embriagado, como dicen que lo están las aves al hálito de cierta serpiente. La hizo una profunda caravana, no sin dejar escapar al inclinarse, un ahogado suspiro, y ella le contestó con una dulce sonrisa, y haciéndole sentar á su lado. Oh! era la suprema felicidad para Julian, como lo es para todos los hombres, estar junto á su querida, esprimir el suave contacto de su ropaje, contar los latidos de su corazón, sorprenderle de cuando en cuando una mirada, imprimir tal vez un beso ardiente en su mano blanda, como las hojas de una rosa entreabierta.

La armonía de la música había tocado ya la cuerda mas sensible del corazón de las mugeres, la inquietud las agitaba á todas, y había hecho nacer en las jóvenes el deseo de dar mas vida á los trinos de una flauta, acompañándolos con los movimientos voluptuosos del baile. Todas giraban ya en la sala, como unas síldes, embriagadas, porque cada pasión tiene su embriaguez particular. Julian enlazado con la condesa, bebía el primer trago de la copa de la felicidad, y otro tanto le sucedía á ella, que con la agitación del placer que esperaba su alma, apenas respondía á las palabras apasionadas de su amante.

—Oh! cuán bella eres, querida mía, le decía este, y cuán cruel al mismo tiempo! ¡Porqué, si al tocar mi mano se enciende tu rostro y palpita tu corazón rápidamente, ocultarme por mas tiempo que me amas?

Ella nada respondía; y Alfonso á veces con la sonrisa en los labios, á veces con el ceño en la frente, los seguía siempre de lejos sin perderlos de vista. El entusiasmo de los jóvenes había llegado á su colmo, todo era agitación, á nada se atendía, porque los acentos de la música y el aspecto de mil hermosuras tenían absortos los sentidos. Aprovechándose Julian de esta circunstancia, casi arrastró á la condesa fuera de la sala, y perdiéndose con ella entre la multitud, salió á uno de los estensos corredores, que á la sazón estaba en parte iluminado por la luz de la luna. Alfonso, que como he dicho, no los perdía de vista, y que comprendió las miras de su amigo, los siguió, y logrando ocultarse á poca distancia de ellos, sorprendió sus secretos. Julian sostenía á María en su brazo junto á un rosál, y despues de un momento de silencio, durante el cual la vió tan hermosa:

—María, María, exclamó apretándola fuertemente contra su pecho, ah! perdóname si contra tu voluntad te he arrastrado hasta aquí. Tu silencio atormentaba mi corazón, como nada lo había atormentado; ¿porqué, si me amas, no endulzas con una sola palabra el acíbar de mi vida? María, María, respóndeme, dime que me has amado, dime que me amas, nadie nos escucha; todos ¡insensatos! están ahora embriagados con los vapores que despide el festín.

María lloraba; mas de pronto por una especie de movimiento convulsivo levantó hácia él sus bellos ojos negros anegados en lágrimas, lo enlazó con su brazo por el cuello y entre abriendo sus labios:

—Si, te he amado, te amo, Julian, exclamó, tú, tú has sido el hombre que ha llenado el vacío que había en mi corazón. Muy infeliz he sido, Julian mio: joven, con un corazón de fuego, mi destino puso contra él, otro de hielo que jamás he podido soportar. El conde, ¡ah! yo le amo como se puede amar á un padre; pero no como se ama á un amante: á tí, á tí te adoro, porque tu corazón palpita tanto como el mio, porque tus ojos derraman lágrimas de fuego, porque tus manos arden, y tus palabras conmueven mi alma. Ah! Julian, si el amor puede hacer felices á dos corazones que se comprenden, jamás le volveremos á ver el rostro á la desgracia.

—Ángel de mi amor! ¡cuánto han aligerado el peso de mi vida tus palabras! tú me amas, y con tu amor nada falta ya á mi felicidad. Tú padecías tanto como yo, por eso me amaste, porque las penas son el vínculo que mas unen las almas.

—Pero no me abandones, Julian mio: sin tí me mataría el tédio, sin tí....

—¿Y qué importa que las circunstancias y el respeto á las exigencias de la sociedad nos separen, si nuestras almas están unidas por un lazo, que ni el tiempo, ni las distancias romperán jamas?

—Ah! sí, pero....

—Nada temas, mañana volveré á verte.

—Y el conde?

—Qué! temes?

—Te amo tanto, que ya no hay desgracia que no imagine para nuestro amor.

—A las ocho de la noche, María....

—Sí, Julian, á esa hora por la reja del jardín, yo bajaré la llave.

Al oír esto Alfonso, que todo lo habia escuchado, sacó de su bolsa una preciosa cartera, apuntó en ella con lápiz quizá las últimas palabras, y se dirigió á la sala ántes de ser descubierto por los amantes. Estos, embriagados de felicidad y de amor volvieron presto; y ya cuando los concurrentes abandonaban fastidiados la sala, Julian se acercó á Alfonso, y le dijo al oído:

—He veñcido.

—Te lo habia predicho, le contestó Alfonso con una amarga sonrisa. Pobre tonto! murmuró aparte al bajar la escalera.

II.

MARIA, JULIAN.

Incomprensible es el corazon de la muger; en vano el hombre se afana en penetrar sus arcanos, esos arcanos que solo ella comprende; á medida que mas la contempla, á medida que mas escudriña sus acciones, con ménos claridad ve en el fondo de su alma, mas se confunde; porque semejante aquella al sol, cuanto mas fija este en ella su vista, tanto mas le deslumbra. Hay hombres que creen haber fondeado el corazon, haber sorprendido los secretos de una muger en una hora: ¡insensatos! su orgullo los engaña; no cabe en su necedad que una muger esté dotada de la sagacidad suficiente para afectar lo que en ella no existe, cuando median razones de conveniencia, para dar á sus mismos hábitos un giro muy distinto del que todos se imaginan que tienen; miden ellos su fuerza moral por su fuerza fisica. Tiene hoy la muger un deseo para cuya satisfaccion no vé medios, no se para en inconvenientes, mañana lo vé satisfecho, y quisiera que jamas hubiera nacido en su corazon; la impresion que hoy le fué agradable, mañana le cansa, le fastidia, y la sensacion que hoy le fué dolorosa

mañana le es placentera. Oh! muger, obra incomprensible de la creacion, conjunto de luz y de tinieblas; tú cuya mision sobre la tierra deberia ser de paz y de caridad, de amor y de consuelo, ¡porqué contra las leyes mismas de tu naturaleza, te conviertes á veces en la manzana de la discordia, á veces ocultas bajo el atractivo de tus encantos un veneno corrosivo, y ora con un desprecio das la vida, ora con una caricia das la muerte sin que nadie alcance á ver en el fondo de tu alma para comprenderte? En vano el diligente anatómico de la sociedad, el moralista, ha disecado fibra por fibra tu corazon para investigar tu esencia, esta se la ha escapado, como el jugo del sazonado fruto, cuando se le oprime con fuerza entre las manos; tu sola te conoces, y razon tienes en reir, y en despreciar al hombre que demasiado confiado en sí mismo esclama con énfasis: „yo conozco el corazon de la muger.”

Esa oscuridad, ese velo misterioso encubre el corazon de María, la hermosa condesa de Peña-Aranda: llena de atractivo y de gracia, con un talento, una sagacidad y una sensibilidad nada comunes; y con las inmensas riquezas que proporcionan la comodidad en la vida, rie y muestra su rostro alegre en la sociedad; compite en lujo y en fausto con sus rivales en ellos, y todos la juzgan insustancial y feliz; pero tambien allá á sus solas suspira, llora y gime, y sin saber lo que falta á su corazon, se cree tanto mas infeliz, cuanto que para aparecer en público, tiene que cubrirse con una careta que á su dolor repugna. Su vida es igualmente incomprensible, es una mezcla de felicidad é infelicidad que asombra, es una de aquellas vidas que solo pueden comprender los que han recorrido ese camino. Hija María del crimen y de la miseria, y arrebatada de los brazos maternos, cuando en los pechos de su madre habia aun la vida, sin saber lo que son las caricias de esta, fué llevada á una prision en donde vió correr los primeros años de su vida al lado de su padre, encerrado allí por circunstancias que no importa saber ahora. Niña, muy niña, era el único ser que con sus caricias prestaba consuelo á su desgraciado padre que en su calabozo gemia, y que á la escasa luz que una claraboya dejaba entrar, apenas habia podido contemplar las facciones delicadas de su hija, de aquel ángel que guardaba su sueño, que endulzaba sus horas de amargura. María, siempre al lado de su padre, y en una edad ya en que su razon podia distinguir exactamente las ventajas del bien y los inconvenientes del mal, los dulces goces que aquel proporciona y

los dolores acerbos que este causa; viendo á su padre desnudo y estenuado por las privaciones, no solo de lo superfluo, sino aun de lo necesario para la vida, y viéndose ella envuelta en la misma miseria, pensó, si no en cambiar su estado miserable, porque le era imposible hacerlo por sí sola, al ménos en dulcificar la posicion de su padre y la suya propia. Con el empeño, con el teson que la necesidad presta á las almas, logró adiestrarse en tocar con gracia y soltura una guitarrita que la escasa comiseracion de los carceleros de su padre le proporcionó; y cuando ella conoció que estaba ya en estado de causar con ella algun placer al oído de los que pudieran escucharla, sin que su padre lo supiese, salió de la prision, á poner en planta el recurso que su amor de hija le habia inspirado. Con su cuerpo airoso, su rostro peregrino, su negro pelo suelto, su pié delicado y pequeño, su vestido, aunque pobre, limpio, y con los dulces sonidos de su guitarrita, pulsada suavemente por sus manos de niña, la atención de cuantos en la calle la miraron se fijó en ella, porque los extasiaba con la armonia de su instrumento, porque los cautivaba con su gracia y los conmovia con los suspiros que se le escapaban de su pecho, en medio del júbilo que ella queria afectar. Todos la admiraron, todos la acariciaron, todos pusieron en su mano el socorro que ella en silencio imploraba; y María volvió á la prision de su padre, alegre, porque habia encontrado ya un medio seguro para mejorar la suerte de aquel. En este ejercicio continuó ella llamando la atención, así del pueblo, como de las personas mas encumbradas de la corte, hasta que su padre lo supo, y lloró con ella, porque grande debe de ser la emoción de un padre al ver á un hijo sacrificarse para procurar la su subsistencia y su bienestar; ¡emoción indefinible que admiro, pero que aun no me es dado comprender!

El padre de María espiró, y ella sola, á los diez y ocho años de su edad, comenzó á sentir todo el peso de su desgracia. Su vida desde allí fué un tegido de acontecimientos que solo ella era capaz de comprender, que dejaron en su alma impresiones que jamas se borraron, porque si las de la felicidad llegan á olvidarse alguna vez, las de la desgracia nunca mueren en el corazon. Sin ninguna esperiencia de las cosas de este mundo, se dejó elevar de pronto por el vicio y la maldad á una altura en que jamas habia soñado, para caer desde allí y sumergirse en la mas espantosa miseria; juguete de hombres perversos, la barca de su vida zozobró en el mar de la existencia, y su virtud cu-

bierta de harapos fué á gemir á la súa habi-tacion del pobre, y casi á mendigar el pan de puerta en puerta. El trabajo de sus manos no bastaba á sus necesidades, y su hermosura iba rápidamente marchitándose y su vida consumiéndose por la falta de los jugos que la mantienen. Mas el destino, la casualidad, ó la Providencia, hicieron que el conde de Peña-Aranda, viejo viudo y rico, la conociera, y que en su corazon naciera un amor hácia ella que el no pudo ocultar. Este amor decidió al parecer del porvenir de María, porque el viejo conde empeñado en satisfacer el deseo engendrado en su corazon por una pasion concebida casi en la decrepitud, sobreponiéndose á las preocupaciones de su época, dió su mano de esposo á aquella jóven, miserable; pero interesante por su belleza. María la aceptó, y cediendo á aquella propension que todos tenemos de ser algo en la sociedad, de brillar entre los demas, de excederlos tal vez en fausto, sonó con placer en sus oídos, no ya el nombre de María, sino el de la condesa de Peña-Aranda. Un sueño le pareció su rápida elevacion: subir del seno de la miseria á la cumbre de la opulencia: dormir ayer en un miserable cuarto súa y oscuro, y despertar hoy en un palacio rico y esplendente, es para causar una transformacion total en el corazon humano; y en el de María en efecto, esa transformacion comenzó á efectuarse. En un estado ya en que le era indispensable tratar con lo mas selecto de la sociedad mexicana, la que al principio no dejó de mirarla con desdén, por considerarla pegote de la aristocracia, mas la que luego la acogió en su seno, porque para esa clase no hay mas vínculos de amistad que los que proporciona el dinero; la condesa de Peña-Aranda quiso embriagarse con su aparente felicidad, quiso ser pródiga, y comenzó á presentarse en los paseos, en los teatros y en las tertulias con un lujo sorprendente. Su amabilidad, sus encantos, y sus riquezas sobre todo, le habian atraído un círculo de jóvenes, entre de los cuales era ella la soberana, de quienes no recibia sino adulaciones á su belleza, incienso á su orgullo. Mas en medio de tanta ostentacion, ella no era feliz: subida hasta tan alto para no sentir contra su pecho sino un abrazo de hielo; contra su megilla, sino el lábio casi inanimado de un viejo, su corazon sentia la necesidad de amar, habia en él un vacío que no podia llenar sino el amor de un jóven, el fuego de una pasion igual á la suya; y ella estaba inquieta; pero al mismo tiempo no comprendia la causa de su inquietud.

Alfonso, el jóven que hemos visto acompa-

ñar á Julian, la comprendió; hablóle varias veces apasionadamente de un sentimiento que ella no conocia, de un amor cuyas delicias no habia gustado; pero en todas ellas no recibió sino repulsas enérgicas de la condesa que estuvo á punto de prohibirle el que volviese á presentarse en su presencia. Semejantes desprecios fueron una herida mortal para el orgullo de Alfonso, quien juró vengarse de ella. Este, de corazón perverso, en ningún medio se paraba para llevar á cabo sus resoluciones por reprobadas que fuesen, y considerando que la virtud de la condesa no sería un muro inespugnable que se opusiese á las seducciones de cualquiera otro amor, introdujo con arte en sus tertulias á Julian, joven amigo suyo, acudado, de gentil continente y de una espresion tan dulce en sus modales, que seducía á cuantas le miraban. La condesa y Julian se amaron: este le hizo declaraciones apasionadas, aquella vacilante al principio entre el deber y la fuerza que la impelia á llenar el vacío de su corazón, se mostró con él blandamente esquiva; mas no pudiendo soportar por más tiempo un martirio tan cruel, la noche del festín estrechó á Julian contra su seno, y empapó con sus lágrimas su rostro; y mientras, Alfonso, que habia visto nacer y crecer el amor de aquellas dos almas que al fin se comprendieron, sonreía; pero con aquella sonrisa que revela un corazón acosado por los pesares, carcomido por la venganza.

III.

EL CONDE DE PEÑA-ARANDA.

A las seis de la tarde del día siguiente al del baile con que se celebró el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, esta y el conde su marido, se hallaban sentados en un aposento de la casa, cuyas ventanas daban al poniente. La condesa con un vestido blanco de una estrema sencillez, y con su pelo suelto, estaba distraida y algo pálida, y sostenia contra su pecho la cabeza del conde, cuyos blancos cabellos halagaba ella con su mano descuidadamente. Ambos estaban con sus ojos fijos en el sol que estaba próximo á desaparecer detrás de las montañas. En el rostro del conde estaba pintada aquella dulce melancolía que se apodera de nosotros, cuando somos testigos de las maravillas de la naturaleza, y en el de la condesa una inquietud que aumentaba á medida que el sol descendía más. Este desapareció al fin, la luz del crepúsculo se derramó sobre la tierra, los celages desplegaron sus alas sobre los cielos, y el conde levantó repentina-

mente su cabeza, fijó sus ojos en el rostro de su esposa, la que no pudo dejar de estremecerse, y con una voz melancólica la dijo mostrándola con su mano el campo y el cielo:

—He aquí, María, la imagen de nuestra vida: esa luz del crepúsculo sin fuerza y sin calor es la mía; y esos celages risueños que vuelan por los cielos, que dan animación al cuadro, porque sin ellos sería triste y sombrío, son la tuya. Tú sostienes mis fuerzas abatidas, tú, María, encantas los últimos momentos de mi existencia; por eso te amo tanto, por eso, cuando reposo en tu seno me parece que soy joven, y que me restan aun muchos días de vida.

La condesa guardó silencio, y por su mejilla corrió una lágrima: el conde al verla continuó, y sollozando la dijo.

—Ah! ¿por qué lloras, María? ¿Por qué cubre hoy la tristeza tu rostro, siempre tan alegre, siempre tan risueño? Si falta algo en tu corazón, si deseas algo, ¿por qué no decirselo á tu pobre viejo que jamás te ha negado nada, cuyo mayor placer, si no eres feliz, es creer que lo eres, porque él no ha omitido medio ninguno para proporcionarte la dicha?

—Ah!... exclamó la condesa con una agitación que apenas podía encubrir:

—Prosigue, niña mía, prosigue, la interrumpió el conde; ábreme tu corazón á mí que soy tu padre, tu esposo, y aunque viejo... tu querido.

—No es nada, señor, no es nada... querido mío, continuó ella sin atreverse á mirarlo fijamente. Lo que ahora experimenta mi alma, es una de aquellas sensaciones muy comunes en las mugeres, al aspecto de un cuadro como el que estamos contemplando ahora. No sé que tiene la caída del sol, que trae á mi memoria los recuerdos de mi infancia, recuerdos amargos que nunca se presentan á mi alma sin que me hagan derramar lágrimas.

Y al decir esto, sonreía y acariciaba al conde; pero sus manos temblaban, y la sonrisa de sus labios era forzada.

—Pero ¿por qué entregarte á memorias tan crueles, niña mía, si aquellos tiempos pasaron? prosiguió el conde imprimiéndole un beso en la mano: no consumas así tu vida con recuerdos inútiles.

Ambos lloraban en silencio, la condesa apoyada en su mano derecha, y con su cara vuelta al campo, y el conde inclinado sobre la mano izquierda de María, bañándola con sus lágrimas. En esta posición los encontró un criado que anunció al conde la visita de D. Alfonso de Zárate.

—Que pase, contestó el conde, y la condesa fuese entonces de su lado á los aposentos interiores. Alfonso encontró al conde con los ojos llorosos todavía.

—Oh! señor conde, exclamó este al entrar, con el acento de quien tiene alguna confianza con aquel á quien dirige la palabra; V. siempre encerrado, jamás se le ve á V. la cara, fuera de este que puedo llamar propiamente su castillo.

—Oh! amigo, le contestó el conde, á la edad de V., cuando tenía el mismo humor que V. tiene ahora, no se me podía decir otro tanto; pero ya el fuego de mi juventud se apagó, y no me queda más que el hogar doméstico para recalentar mis miembros.

—Al lado de vuestra bella esposa fidelísima.

—Siempre V. de broma!

—Broma, ó no broma, es cierto lo que digo: jamás se separa V. de ella, siempre á su lado... ya se ve, ella ama á V. tanto, le es á V. tan fiel, que ingratitud sería que V. se separase un momento de ella. Pero supongamos, ya V. sabe que yo me muero por las hipótesis, supongamos que le fuese á V. infiel.

—Hombre! Eso ya pasa el límite de la intimidad, de la confianza que media entre nosotros.

—Déjese V. ahora de límites, ya V. sabe que las suposiciones no pasan de tales, é infelices de nosotros, si pasaran á veras. Supongamos que le fuese á V. infiel. ¿Qué haría V.?

—Como eso, no sólo lo considero remoto, sino imposible; no haría nada.

—Pero, vuelvo á mi tema: yo supongo que así es, y doy por cierta mi suposición. ¿Qué haría V., vuelvo á preguntar?

—Oh! entonces...

—Entonces, celos fundadísimos nacerían en el corazón de V., la arrojaría de su lado, é inexorable, jamás la volvería á ver; jamás volvería á acordarse de ella.

—Tal vez... pero dejemos esa conversación que V. ha suscitado ahora sin motivo.

—¿Qué quiere V.? fué una suposición!

El conde temblaba, y con los ojos fijos en el suelo, como quien medita en algo, quizá la suposición de Alfonso, con algunas circunstancias anteriores, que ahora se le agolpaban en la mente, habia hecho nacer en él alguna sospecha. Alfonso que tenia su cartera en la mano, la dejó caer entonces; y al ruido de esta, el conde levantó los ojos y la vió á la luz de la vela.

—Preciosa cartera! dijo él tomándola en sus manos.

—A vuestra disposición está, contestó Alfonso. Ábrala V., hojeela para que mas conozca su mérito.

—No llega á tanto mi libertad, que contendrá los secretos de ese corazón.

—No soy tan ligero, para fiar mis secretos á un secretario, que si hoy está conmigo, cualquiera circunstancia hará tal vez que mañana caiga en manos de otro. Puede V. verla.

La abrió el conde y comenzó á hojearla; mas á la mitad se paró: la curiosidad le habia hecho fijar la vista en unos renglones escritos que allí habia: leyó los nombres de *María* y de *Julian*, nombres que le eran demasiado conocidos; su misma curiosidad le llevó mas adelante, y leyó lo siguiente:

—*A las ocho de la noche, María...*

—*Si, Julian, á esa hora por la reja del jardín; yo bajaré la llave.*

Soltó de sus manos la cartera; y viéndole Alfonso trémulo y con los ojos desencajados.

—¿Qué sucede? exclamó, como si todo lo ignorara.

—Leed, le contestó el conde presentándole la cartera.

Maldita indiscreción! volvió á exclamar Alfonso, dándose una palmada en la frente; yo no sabia que esta cartera encerraba semejante secreto.

—V. me engaña, repuso furioso el conde; V. me quita la vida, ultraja, calumnia la honra de mi María. Que venga, que venga ella misma á sincerarse, á confundir en su presencia á V., infame calumniador. María! María! gritó dirigiéndose á la puerta.

—Conténgase V., exclamó Alfonso deteniéndole; ya que el acaso os ha descubierto una verdad...

—No, infame calumniador, que venga mi esposa á confundirte.

—Señor conde, deténgase V., y esta misma noche tendrá V. por sus propios ojos un engaño terrible. La cita es para las ocho de esta noche; V. mismo los verá juntos, y despues me hará justicia, se arrepentirá de haberme llamado calumniador.

El conde se detuvo; el deseo de satisfacerse por sus propios ojos de lo que se le habia casi jurado que era cierto, ahogó el de que su esposa se sincerara allí mismo; los celos devoraban ya su corazón de viejo. Ambos permanecieron en silencio, hasta que poco antes de las ocho se dirigieron al jardín sin ser vistos de nadie. Mas antes de salir dijo el conde á sus criados:—Decid á la condesa que he salido á un

negocio importante de tal urgencia, que me ha sido imposible estar antes con ella.

IV.

UN DESENGAÑO.

Las ocho sonaron en el reloj del monasterio de San Fernando, muy inmediato á la casa del conde de Peña-Aranda; las campanas comenzaban á dejar oír la fúnebre plegaria de ánimas, y hacia poco que la luna llena se había levantado por el oriente. Tranquila estaba la noche, y apenas susurraba el viento meciendo las copas de los árboles y doblando el tallo de las flores dormidas del jardín estenso y precioso, lugar de recreo de los condes de Peña-Aranda. Poco antes lo habían atravesado en silencio dos hombres que entraron á una de las grutas artificiales, construida muy cerca de una reja que daba al campo; mas ahora estaba solo, y ningun ser humano se veía en él. Muy luego, á la luz de la luna, se vió moverse entre los árboles una figura blanca que rápidamente se dirigía á la reja, y que al acercarse á esta, se reconoció en ella á una muger, á María, que con su vestido blanco y su pelo suelto iba á encontrar á su amante. Se acercó ella á la reja, y con voz bastante perceptible dijo:

—Julian!

Y de fuera le contestaron:

—María!

—Estás ahí, bien mio?

—Ah! sí, y mi corazón aguardaba impaciente tu venida.

Aquí está la llave, abriré.

—Y el conde?

—Salió contra su costumbre.

María abrió, y Julian la recibió en sus brazos. Al ruido de la llave el conde salió de su escondite, y dirigiéndose á ellos en el momento en que estaban extasiados uno en los brazos del otro:

—Señora! exclamó con voz grave poniéndole la mano en el hombro á la condesa.

Al acento terrible del conde, Julian se desprendió de los brazos de su querida, y ganando la puerta se escapó sin que jamás se le volviera á ver; y María pálida, y sin poder comprender lo que aquello era, cayó desmayada en el suelo. El conde la levantó furioso; y cuando ella volvió en sí, oyó que le decía:

—Este es, señora, el premio que habeis dado al que os sacó de la miseria para elevaros á una altura en que jamás habiais soñado; al que contrariando las preocupaciones y oponiéndose al orgullo de sus deudos os dió el nombre de esposa, al que os entregó sus rique-

zas y os amaba, como á su vida misma. Ah! vosotras las mugeres sois gusanos que cuando os veis en la altura, buskais siempre el lodo en que os arrastrabais. Insensato! creí haber encontrado un ángel que amante me condujera al sepulcro, y encontré una serpiente que me carcomiera las entrañas ántes de tiempo. Id, prostituida, id con vuestro seductor, que sus caricias sean el veneno que acabe con vuestra vida. Ya nada sois mio, en nada me pertenecéis; el conde de Peña-Aranda, jamás ha sido el esposo de una prostituta.

Y al decir esto la puso fuera de la reja del jardín que daba al campo. María lloraba, el conde en su furor ni un solo suspiro había lanzado de su pecho, y Alfonso que había salido ya también con el objeto de saborear su venganza, se acercó á ella, y descubriéndose la dijo:

—Me conocéis? soy Alfonso, aquel á quien un tiempo despreciasteis, sin saber que su orgullo jamás dejaba un desprecio sin venganza. Soy Alfonso, el que ha conducido aquí á vuestro marido para que fuese testigo de la felicidad que disfrutabais en los brazos de Julian.

El conde cerró la reja dejando á María afuera de ella, y atravesando con Alfonso rápidamente el jardín, volvió á su habitación.

V.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, el conde de Peña-Aranda pasaba en su coche por una de las calles mas concurridas de México, y viendo que hacia él se dirigía una muger pálida y estenuada y cubierta de andrajos, en la que reconoció á María, dió orden al cochero para que condujera rápidamente el coche. María al ver esto se volvió anegada en lágrimas, y á su vuelta encontró á Julian:

—Julian mio, exclamó ella, dirigiéndose á él, te vuelvo á ver al fin.

—¿Quién sois vos, le preguntó Julian?

—María, tu querida María.

—Yo no os conozco, no os he visto jamás: idos en paz y no me importuneis: si quereis limosna, pedidla de otro modo.

Y le arrojó en el suelo un cuarto. Era el estremo de la infelicidad á que el destino podía haber arrastrado á aquella muger. Sentada en el suelo, ya sin fuerzas para soportar tanto, no lloraba, sino que frenética mordía sus manos y casi renegaba de la Providencia, cuando sintió que le tocaban el hombro. Alzó el rostro, y vió á Alfonso, y oyó que le decía:

—Me conoces? yo soy Alfonso, el amante des-

preciado, y el que te ha conducido con placer á la situación en que te encuentras.

—Ojalá y mis palabras fueran de muerte, hombre maldito, exclamó ella cubriéndose el rostro.

Pobre muger! á que estado la arrastró su destino, aquel mismo destino que puso en su

corazón la necesidad de amar, como se ama en la juventud! ¡Cómo secaron las esperanzas de su corazón el desvío de un marido, el desprecio de un amante querido y el placer de la venganza de otro á quien odió su corazón! ¡Pobre muger, juguete de la suerte! Pobre muger!

R. I. ALCARAZ.

A TEXCOCO. (1)

Orillas de la laguna
Texcoco altiva se mece,
Y en las aguas resplandece
Como en los aires la luna.

Murmuran al pie del muro
Las mansas ondas pasando,
Con blanca espuma argentando,
De roca el cimiento duro.

Y en el fondo trasparente
Pinta el reflejo sereno,
Un cielo de encantos lleno
Que no empaña la corriente.

Y que en su apacible azul,
Entre celajes de plata,
Las verdes ramas retrata
Del sauce y del abedul;

Y las primorosas flores
Que en las chinampas se ostentan
Y el aura suave alimentan
Con balsámicos olores.

Con blandos fulgores brilla
El sol de la primavera
Dando vida á la pradera
Y á las flores de la orilla;

Y disipando la sombra
Que el crudo invierno tendió,
Donde el hielo marchitó
De verde grama la alfombra.

Está la ciudad tranquila,
Y ufana se alza y contenta,
Que es jóven y aun no lamenta
La adversidad que aniquila.

Premio siempre á su valor
Triunfos y glorias han sido,
Del enemigo vencido
El despojo y esplendor.

Por eso do quier se escucha
El canto de sus guerreros,
Y ostenta gala y plumeros
Botín por que ardiente lucha.

Todo es bulla y confusion,
Entusiasmo y alegría,
Que aun no se aproxima el día
De luto y desolacion.

Que aun no asoma ni el amago
De la dura esclavitud
Ni aun teme la senectud
La hermosa virgen del lago.
Gira en tanto poco á poco
La rueda de la fortuna,
Tras sí arrastrando una á una
Las venturas de Texcoco.

Pobre rosa deshojada
Lozana y fragante un día,
Triste flor abandonada,
Perseguida y azotada
Por la tormenta bravía.

Pobre ninfa, hoy sin amor
Y en otro tiempo adorada,
Triste virgen sin dolor
Sola, entregada al furor
De turba desenfrenada.

Triste ciudad olvidada
Fuerte un día y floreciente,
De príncipes acatada,
De naciones respetada,
Bella, rica, independiente.

¿Que se hicieron tu opulencia,
Tus palacios, y tus reyes
Tu antigua gloria y tu ciencia,

[1] Insertamos esta poesia á Texcoco que bajo el anónimo se nos ha remitido, porque al leerla encontramos en ella cosas muy bellas que revelan en su autor un verdadero talento poético. Tiene es cierto algunos defectos; pero como hemos sabido que este es uno de sus primeros ensayos, nos parecen disculpables. No deje su autor de pulsar su lira, y con el tiempo sus acentos serán dulces, muy dulces. R. R.

Tu ardiente celo ó demencia
Por tus dioses y tus leyes?

Que se hicieron tus banderas
Tus carcaces tus legiones
Indómitas y guerreras
Que á las huestes extranjeras
Dieran triunfo en cien acciones?

Todo, Texcoco, pasó,
Capricho fué del destino,
La tormenta reventó
Y á tus ojos ocultó
De la ventura el camino.

Hoy, si las nobles colinas
Visita acaso el viajero,
Ve las negras golondrinas,
Volar entre las ruinas
De algun ídolo grosero.

Tal vez fija su atencion
Algun ahuehuell erguido,
Y oprimido el corazon
En triste meditacion
Cae á su sombra dormido.

Arbol viejo y misterioso,
De los siglos respetado,
Que testigo silencioso
Fué del tiempo venturoso
Como de este, desgraciado.

Acaso en su sueño inquieto,
De algun sepulcro ruinoso
Ve salir un esqueleto
Que le dice „Ten respeto
De los heroes al reposo”

Y en lugar del anatema
Que en su frente vió primero,
Ve lucir una diadema
Y á su calce oscuro emblema
Que esplica lo venidero.

Ya no existe una laguna
Do Texcoco hoy aparece,
Do humillada desfallece
Despojo de la fortuna.

Ya al pie del muro pasando
La onda mansa no murmura
Ni del sol la lumbre pura
Va sus cristales dorando.

Ni en su seno se refleja
Bello un firmamento azul,
Ni el plateado abedul
Su sombra en la tierra deja.

Ya no hay chinampas ni flores
Que el suave ambiente alimenten
Y en lecho de junco ostenten
El lujo de sus señores.

Brilla el sol, mas sin colores,
Sin ser ya lo que antes era,

Sin dar vida á la pradera
Con sus vivos resplandores.

Sin romper la densa sombra
Que el crudo invierno tendió
Cuando al soplar marchitó,
De primavera la alfombra.

Está la ciudad tranquila,
Mas débil y macilenta,
Como viuda que lamenta
La edad que todo aniquila.

De invencible el alto honor
En otro tiempo adquirido,
Yace hoy postrado y vencido
Sin ánimo y sin vigor.

Por eso ya no se escucha
El himno de sus guerreros,
Ni ostenta gala y plumeros
Ganados en cruenta lucha.

Todo es silencio, inaccion,
La paz de la tumba fria,
Que el sol ya lució del dia
De ruina y desolacion.

Lanzó su gemido vago
Nefanda la esclavitud,
Murió en gracia y juventud
La antigua reina del lago.

Gira empero poco á poco
La rueda de la fortuna
Tras sí llevando una á una
Las desdichas de Texcoco.

F. P. C.

UN CHISTE A TIEMPO.

Desessart, compañero del célebre cómico frances Dugazon, era un hombre sumamente gordo. Un dia lo llevó Dugazon á casa de un ministro, y al presentarlo dijo á este: “Señor, la compañía cómica francesa acaba de recibir la noticia de la muerte del elefante del rey, y os suplica concedais esta plaza á Desessart, en recompensa de sus servicios.” Desessart, furioso desafió á Dugazon. Este admitió; al llegar al sitio designado para el duelo, dijo á Desessart: “Ala verdad, el partido es ventajoso para mí; tú presentas una superficie décupla de la mia; y así voy á pintar en tu vientre con albayalde un blanco, y todos los tiros que den fuera del blanco no se me cuentan.” Esta agudeza fue suficiente para cortar el duelo.

La envidia va siempre tras el mérito, como la sombra tras el que camina hacia donde está el sol.